

¡FUJIMORI NUNCA MÁS!



POR JOSÉ JUAN PACHECO RAMOS (*)

En plena coyuntura electoral, cuando el pueblo peruano de todas las sangres se enfrenta a la élite política y económica representada por la hija del genocida Fujimori, y los resultados serán dados a conocer recién a mediados de julio, es necesario alejarnos del fútil intercambio de epítetos insultantes a que nos tienen acostumbrados los adversarios políticos capitalinos y trazar algunas reflexiones de base para entender la actual coyuntura.

Las falacias del crecimiento económico peruano

Durante años se presentó al Perú como una historia de éxito. Los organismos internacionales, los medios de comunicación, los medios económicos y buena parte de las élites derechistas latinoamericanas señalaron al país como un ejemplo de estabilidad macroeconómica. Las cifras parecían darles la razón: crecimiento sostenido, aumento de las exportaciones, llegada de inversiones extranjeras y una inflación relativamente controlada. Sin embargo, detrás de ese relato triunfalista se escondía una realidad mucho más compleja. La crisis política, social y territorial que vive el Perú demuestra que el crecimiento macroeconómico, por sí solo, no garantiza democracia, igualdad ni justicia social. Hoy, más que una simple disputa.



electoral, el país enfrenta una crisis profunda del modelo construido desde los años noventa por el fujimorismo.

La pandemia fue el momento en que esa contradicción se hizo imposible de ocultar. El sistema sanitario saltó por los aires. Un país que llevaba décadas alardeando de buenos resultados económicos terminó registrando una de las peores experiencias sanitarias del mundo. Hospitales colapsados, servicios públicos insuficientes, tráfico de medicamentos y mascarillas, y millones de personas obligadas a salir a trabajar para sobrevivir revelaron la fragilidad de un sistema que había priorizado el mercado por encima de la construcción de derechos sociales. El llamado “milagro peruano” mostró entonces su verdadero rostro: una economía capaz de generar riqueza para las élites gobernantes, pero incapaz de garantizar condiciones mínimas

de vida para la inmensa mayoría de la población.

El origen del cáncer peruano

Para entender la situación actual es necesario volver a los años noventa. Tras la crisis económica y la violencia política que golpearon al país durante las décadas anteriores, el gobierno de Alberto Fujimori impulsó una radical transformación neoliberal. Privatizaciones masivas rematando las empresas públicas, apertura comercial, flexibilización laboral que se tradujo en un retroceso de los derechos laborales y reducción del papel económico del Estado se convirtieron en los pilares de un nuevo modelo. En 1992

(*) Doctor en Filología y Filosofía y Máster en Lenguas y Literaturas Modernas por la Universidad de las Islas Baleares, Maestría de Historia por la Universidad de París; ha publicado "L'État et la guerre chez les Inkas" (París, 2014), "Jirones de Cultura" (Lima, 2014) y "Madame Bovary y La Traviata: dos mujeres transgresoras" (Riga, 2019), "Déjame que te cuente" (Madrid, 2025)

Fujimori dio un autogolpe de Estado, se erigió en dictador y dio la Constitución de 1993 para consolidar jurídicamente su proyecto neoliberal y estableció un marco legal propicio para la inversión privada alentando la entrada de grandes consorcios multinacionales.

Los defensores de este modelo sostienen que permitió estabilizar la economía y derrotar la hiperinflación. Eso puede ser. Pero la cuestión central es otra: ¿qué tipo de sociedad se construyó a partir de esa estabilidad? Treinta años después, la respuesta es más que elocuente. Más del 70% de los trabajadores permanece en la informalidad y en muchas zonas rurales esa cifra supera el 90%. Esto significa que millones de personas viven al margen del Estado, sin protección laboral, sin jubilación, sin acceso garantizado a la salud y sin seguridad económica. Mientras las élites acumularon riqueza, la enorme mayoría de peruanos continuó sobreviviendo en condiciones precarias.

El problema no fue únicamente económico. El fujimorismo también dejó una herencia política marcada por el autoritarismo, la concentración de poder y graves violaciones a los derechos humanos que aún esperan un juicio y castigo justo para los asesinos, torturados, violadores, ladrones ocultos bajo sus uniformes militares o policiales. Aunque mucha gente sigue asociando aquella etapa con orden y crecimiento, es evidente que olvidan que se consolidó una forma de gobernar que debilitó

instituciones democráticas y eliminó los espacios de participación popular. Esa contradicción sigue atravesando la política peruana actual, en donde la hija del genocida ha afirmado que gobernará como su padre.

intensiva de recursos naturales destinados a los mercados internacionales. Esa dependencia limitó la diversificación económica y mantuvo al país sujeto a las fluctuaciones del mercado global.



<https://www.izquierdadiario.es/fujimorismo>

Macroeconomía y miseria

Entre 2000 y 2019, el Perú experimentó una expansión económica notable impulsada por la minería, las exportaciones y los altos precios internacionales de las materias primas. Lima se modernizó rápidamente. Nuevos edificios, centros comerciales y zonas residenciales alimentaron la sensación de progreso. Para muchos observadores externos, aquello era la prueba definitiva del éxito del modelo.

Pero la prosperidad estaba distribuida de manera profundamente desigual. La riqueza se concentró en determinados territorios, mientras amplias regiones del país siguieron enfrentando carencias estructurales. El crecimiento dependía en gran medida del extractivismo, es decir, de la explotación

Más grave aún fue el abandono de los servicios públicos. La educación, la salud y la infraestructura social no avanzaron al mismo ritmo que los indicadores macroeconómicos. Se construyó una economía más grande, pero no una sociedad más integrada. El resultado fue una ciudadanía fragmentada, donde millones de personas sintieron que el supuesto éxito nacional nunca llegó a sus vidas.

Desde una perspectiva crítica, puede afirmarse que el neoliberalismo peruano consiguió producir crecimiento sin producir integración social. Y cuando una sociedad crece sin integrar a quienes la conforman, es decir cuando genera injusticia y explotación, tarde o temprano aparecen las tensiones que hoy conmocionan al país.



Las movilizaciones en Puno, Ayacucho, Cusco y Apurímac no fueron únicamente una reacción coyuntural. Expresaban demandas acumuladas durante décadas: mayor participación política, reconocimiento social, descentralización y una nueva relación entre el Estado y los territorios. La respuesta represiva del gobierno, denunciada vanamente por organismos internacionales, agravó aún más el conflicto.

Sin embargo, uno de los aspectos más reveladores fue la manera en que muchos manifestantes fueron retratados por los medios de comunicación. Las imágenes y discursos que los presentaban como violentos, ignorantes o manipulados dejaron al descubierto un racismo estructural impulsado por la élite criolla, blanca y proyanqui, que sigue atravesando la sociedad peruana. No se trataba solamente de un conflicto político. Era también una disputa por el reconocimiento y la dignidad.

La pregunta que surgía entonces era sencilla pero incómoda: ¿no tienen las grandes mayorías del país derecho a participar en la definición del futuro del país?

La crisis estructural del Perú

La inestabilidad política de los últimos años no es un accidente. Es la consecuencia de un sistema que no representa a la mayoría social. Desde 2016, el Perú ha tenido una sucesión vertiginosa de presidentes, conflictos institucionales permanentes y enfrentamientos constantes entre el Congreso y el Ejecutivo. La fragilidad de los partidos políticos, el personalismo y la corrupción han erosionado la confianza ciudadana en el quehacer político.

El caso Odebrecht terminó de confirmar una sospecha que ya estaba extendida entre la población: gran parte de las élites políticas y económicas operaban en beneficio propio mientras millones de ciudadanos permanecían excluidos de las decisiones fundamentales. Cuando las instituciones dejan de ser percibidas como instrumentos del interés común y pasan a verse como herramientas de grupos privilegiados, la legitimidad democrática se deteriora y desaparece.

Por eso la crisis peruana no puede explicarse únicamente por la corrupción. La corrupción es un síntoma. El problema más profundo es la distancia creciente entre quienes gobiernan y los gobernados.

El Perú profundo se moviliza

Las protestas que siguieron a la destitución de Pedro Castillo en diciembre de 2022 mostraron con claridad la existencia de dos países que conviven dentro de las mismas fronteras. Por un lado, la Lima política, económica y mediática. Por otro, las regiones andinas y rurales que desde la llegada de los invasores españoles han quedado al margen del poder.



Fujimorismo nunca más

La confrontación entre Keiko Fujimori y los sectores que buscan reformas profundas refleja precisamente esa disputa histórica. No se trata solo de dos candidaturas o dos programas de gobierno. Lo que está en juego es la continuidad o transformación de un modelo social injusto construido durante más de tres décadas.

Por un lado, quienes defienden la Constitución de 1993 consideran que la estabilidad económica debe seguir siendo la prioridad. Temen que cambios profundos generen incertidumbre y afecten la inversión, actuando así únicamente en función de sus intereses económicos. Por otro lado, amplios sectores populares han constatado que esa misma estabilidad no ha servido para resolver la desigualdad social, el centralismo y la exclusión social. Por ello reclaman una Asamblea Constituyente, una nueva Constitución, una mayor intervención estatal y una distribución más justa de la riqueza.

La fuerza de estas demandas no surge de una moda ideológica, sino de una experiencia concreta. Millones de personas sienten que el crecimiento económico se produjo sin ellas y, en muchos casos, contra ellas. Esa percepción explica el generalizado descontento político actual.

¿Es soberano el Perú?

La crisis peruana también tiene una dimensión internacional. El país ocupa una posición

estratégica debido a sus enormes recursos minerales, especialmente el cobre. En un mundo que habla cada vez más de transición ecológica, estos recursos resultan fundamentales para la producción de vehículos eléctricos, infraestructuras energéticas y nuevas tecnologías.

sectores progresistas de los países más ricos, que deberían luchar contra sus respectivos consorcios nacionales.

Urgencia de un cambio social

Cualquiera que sea el resultado electoral, los problemas de fondo seguirán presentes. Si



Aquí aparece una contradicción difícil de ignorar. Los países del llamado Norte Global, es decir las antiguas potencias coloniales, promueven la transición verde en su territorio, pero buena parte de los costos ambientales y sociales recaen sobre territorios latinoamericanos. Comunidades que viven sobre enormes riquezas minerales continúan enfrentando pobreza, contaminación y nulos beneficios económicos.

Por eso la discusión sobre el modelo de desarrollo peruano no es únicamente nacional. También plantea preguntas globales sobre justicia, soberanía y distribución de los beneficios generados por los recursos naturales, lo que interpela en especial a los

triunfan las fuerzas que defienden la continuidad, si gana el fujimorismo, persistirán y se agudizarán los conflictos sociales ante las crecientes demandas sociales acumuladas. Si triunfan las propuestas reformistas, deberán enfrentarse a fuertes resistencias políticas, económicas y mediáticas por parte de los sectores conservadores interesados en que nada cambie, en que la actual situación de explotación se mantenga. Ninguna salida será sencilla.

Lo verdaderamente importante es comprender que la crisis peruana no es una simple crisis de gobierno. Tampoco es únicamente una crisis electoral. Es una crisis de legitimidad histórica. Durante demasiado

tiempo se asumió que el crecimiento económico bastaba para garantizar estabilidad social y la realidad ha demostrado que esto era absolutamente falso.

Las clases populares peruanas no están reclamando únicamente mejores salarios o más oportunidades económicas. También exigen reconocimiento, dignidad, participación y capacidad de decidir sobre el rumbo de su país. Esa es la cuestión central que atraviesa el debate político actual.

El futuro del Perú dependerá de su capacidad para construir un nuevo pacto social que reduzca desigualdades, fortalezca la democracia y permita que quienes históricamente fueron excluidos, las poblaciones andinas y amazónicas, sean reconocidos como protagonistas legítimos de la

vida nacional. Porque ninguna democracia puede sostenerse indefinidamente cuando millones de personas son excluidas de la vida nacional.

Esta democracia ya no es democracia

Las combativas marchas de nuestros hermanos del sur andino tras la criminal represión ordenada por Dina Boluarte plasmaron la realidad política actual en una canción de creación colectiva que contiene una gran verdad: "¡Esta democracia ya no es democracia!". La democracia que teóricamente es la representación de todas las voluntades de una sociedad ha sido convertida por el congreso fujimorista en un tinglado de leyes hostiles a las clases trabajadoras y que favorece, protege y blindo el criminal proceder de las élites

gobernantes. Es actualmente una camisa de fuerza que pretende despojar al pueblo de toda posibilidad de participación política, como por ejemplo la eliminación del referéndum lo demuestra, convirtiéndose así en un mecanismo opresor y antidemocrático que exige y justifica una respuesta masiva de desobediencia civil y de insurgencia política. Al margen de quién gane la elección presidencial en la segunda vuelta, el actor principal de un futuro cambio en nuestro país es nuestro pueblo, fundamentalmente nuestros hermanos quechuas y collas que han demostrado una profunda conciencia de clase y de identidad nacional.

¡Ellos son la esperanza de un futuro mejor para nuestro querido país y, en esta senda, todos debemos acompañarlos y apoyarles!



<https://www.infobae.com/america/opinion/2022/01/03/las-80-decadas-perdidas-de-america-latina/>